

B1890
H.P.
v.1

LOS PRINCIPIOS
DE LA
IGLESIA CATOLICA

COMPARADOS

CON LOS

DE LAS ESCUELAS RACIONALISTAS

EN SUS RELACIONES

CON LA ENSEÑANZA

—

EDUCACION PUBLICA.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

002608



INTRODUCCION.

LOS siglos, lo mismo que los hombres, tienen una fisonomía propia que les caracteriza y distingue; pero el nuestro parece salir de esta regla común, atendida esa perplejidad é incertidumbre con que se anuncia por todas partes. Sea que los movimientos desastrosos del pasado siglo sirvan todavía de embarazo á una marcha regular y constante; sea que una funesta fatalidad haya dado este último triunfo al indiferentismo político y religioso; sea por último, que la naturaleza de las graves cuestiones que hoy se agitan, la magnitud de los intereses que se disputan, y la perenne sucesión de los obstáculos que á cada paso se presentan, retiren aun por muchos años esa época suspirada, en que volviendo á la unidad científica y moral las opiniones dominantes y las aspiraciones comunes, se haya de fijar nuestro siglo en una segura posición; hasta ahora nada puede decirse con firmeza, ni tiene sin duda otro distintivo que el de su inconstancia y versatilidad. Los horrores y desastres de lo pasado, donde todo pareció con-

currir á la omnimoda destruccion de los principios y al terminio completo de las instituciones mas respetables; lo presente, que no muestra por todas partes sino complicaciones inauditas y dificultades sin número, en consecuencia de esa última revolucion que, no limitada dentro de los términos de la nacion francesa donde acababa de estallar, se ha difundido como el fuego eléctrico por el mundo, derribando unos tronos, sacudiendo otros, conmoviendo todas las sociedades, insurreccionando todos los pueblos, hasta el extremo de llevar el puñal asesino al pecho de los Ministros, y obligar al augusto Gefe de todo el rebaño católico á dejar sus Estados, para ir á buscar en países extrangeros la seguridad, la libertad, la independencia que tan imperiosamente demanda el gobierno de la Iglesia universal; las tinieblas del porvenir, cada dia mas impenetrable; todo esto hace que nuestro siglo, fuertemente agitado y vagamente conmovido, nada revele tanto como fijarse. Entusiasta por carácter, tolerante por cautela, ni deja de hacer su cumplimiento á todas las innovaciones que vienen, ni da garantías de su adhesion á las doctrinas pasajeras que intentan seducirle con la pompa de sus encantos y el prestigio de sus bellas teorías. El movimiento general de las ideas es progresivo, pero nada uniforme; es rápido y violento, pero no está suficientemente desarrollado: mucho movimiento, pero poco lastre; grandes y fuertes polémicas, pero ninguna decision; varios problemas que resolver, pero ningun resultado práctico, seguro y universal.

Mas en este conflicto constante de reñidas controversias, vagas opiniones y doctrinas contradictorias; en este desden universal hácia las inspiraciones comunes de la verdad y la fe, en este menoscabo lastimoso de los grandes caracteres nacionales, en esta anarquía pasiva de los espiritus, parecen haberse salvado algunas verdades reconocidas, que pueden servirnos al presente de basa para fijar las ideas y recomendar la importancia de ciertos establecimientos. La razon y la historia nos revelan de consuno, que los pueblos corren la suerte de las opiniones, que estas se forman por la difusion de las doctrinas, y que las doctrinas están en razon directa de los sistemas mas generales de enseñanza y educacion. Verdad importante, verdad reconocida; pero verdad estéril no pocas veces para los pueblos!

La profesion unánime de esta verdad principalísima, no ménos en el orden especulativo de las ciencias que en el cuadro general de la sociedad, dirige fuertemente hácia la juventud las miras y los deseos de aquellos que, habiendo

luchado en vano contra el torrente de las opiniones y de los partidos que se agitan sin cesar por disponer de los destinos de la nacion, buscan entre lo que aun existe algun elemento virgen que pueda garantizar de algun modo la mejora del provenir. Mas al apoderarse de este precioso elemento de progreso y de perfeccion, renuevan la lucha, y aplicándole á corroborar antiguos odios, en vez de consagrarle á la reparacion de tantas ruinas, esterilizan una verdad que debiera ser la tabla de salvamento para un pueblo que ha sufrido grandes y terribles desastres. Todos ven y con razon un bello título de esperanza en esa generacion nueva que no ha dado todavia sus primeros pasos á la escena peligrosa de las instituciones políticas; creen y con razon, que guarecida del comun contagio, exenta de aquellas preocupaciones que ciegan, y libre de tantas pretensiones momentáneas que va recogiendo cada uno en su tránsito por las revoluciones civiles, juzgará con mayor imparcialidad, y obrará sin duda con mas rectitud y firmeza. Pero, ¿cómo podria ella corresponder á tan plausibles esperanzas, si no estuviese suficientemente provista de conocimientos y virtudes? ¿y cuándo contaria con esta provision importante, si el sistema de la enseñanza y la educacion, ó por absoluta falta ó por la falsedad de sus principios, hubiese de ser para ella estéril ó ruínosa? En este lamentable caso las generaciones venideras serian iguales ó peores que las precedentes, y la suerte de los pueblos cada dia mas incierta, mas precaria, mas irregular y desastrosa.

En efecto, nada es tan necesario como el establecimiento y conservacion de las escuelas públicas, donde han de atesorarse aquellas ideas fecundas, aquellos nobles y grandes sentimientos que preparan una era feliz á las naciones; pero nada es tan peligroso al mismo tiempo, como el multiplicar estos planteles, cuando se abandona su direccion al caprichoso flujo de las ideas reinantes, ó se someten al poder funesto de principios exagerados y máximas destructoras. Mejor nos fuera en este caso abandonarnos al instinto, y dejar correr en la ignorancia la serie de nuestros dias. ¿Quién de todos los que piensan, y principalmente de aquellos que cuentan con alguna experiencia, no ha reconocido toda la exactitud de estas ideas? Nadie ciertamente; pero el hecho es, que de un siglo acá vemos reinar la mas funesta confusion en las opiniones de los filósofos y en el cálculo de los políticos acerca de tan importante materia. Todos los establecimientos públicos han sufrido grandes transformaciones; se han sujetado á exámen todos los sistemas;

métodos contradictorios han tenido su turno en la boga del tiempo; nuevas escuelas se han levantado en Europa; diferentes doctrinas luchan para conquistar las inteligencias; y sin embargo, todo parece hallarse pendiente de un último fallo que aun no pronuncia nuestro siglo: mas este fallo, que solo podrá satisfacer á las inspiraciones de aquellos que ven la corona de sus trabajos en una estéril celebridad, no es á la verdad, ni puede ser tampoco el punto decisivo para los que buscan en la naturaleza de las cosas, en la eficiencia de las causas y en el carácter esencial de los efectos, los datos suficientes y aproximativos que deben servirnos para apreciar en su valor exacto un sistema de educación. Este resultado feliz no ha de ser obra del siglo, sino de la verdad, que pertenece á todos los siglos; y esta convicción incontestable ha de nacer, no á la luz fugitiva de una seductora teoría, sino al calor fecundo de una sabia experiencia.

¿Cuál es pues la necesidad mas imperiosa que nos imponen á un mismo tiempo las tristes experiencias del pasado siglo, la perenne y vaga agitacion del presente, la inestabilidad de las opiniones y la sucesion estéril de tantas doctrinas? ¿cuál debe ser nuestra conducta al cabo de tantos desengaños en materia de educación? ¿qué partido debemos tomar los que nos hallamos al frente de estos establecimientos públicos en esta lucha perdurable de opiniones y doctrinas? ¿qué bandera seguir entre las muchas que ha levantado en este siglo en Europa el espíritu de sistema? Felizmente para la razon y para la conciencia, para las ciencias y para la moral, para el saber y para la virtud, para los individuos y para las masas, para la perfeccion de los Estados y los verdaderos progresos de la sociedad, contamos ya cerca de diez y nueve siglos de poseer una institucion depositaria de los verdaderos principios sociales, de las verdaderas doctrinas; una institucion que, con solo no deber á los hombres ni sus elementos constitutivos ni su poder de conservacion, se ha bastado siempre á sí misma, ha salido triunfante en todos los combates, y ha sacado sus dogmas, sus principios, sus leyes y sus máximas inmunes y libres al través de todas las borrascas que el espíritu de error y de crimen ha suscitado casi de continuo contra ella en el oceano inmenso de las edades. Esta institucion es la Iglesia católica: suyo es el colegio á cuya direccion estamos consagrados; suyo el espíritu que aquí reina; suyo el gran principio que aquí se desarrolla; suya por último, la esperanza que nos anima de ser verdaderamente útiles á la sociedad, á pesar de nuestra limitacion: porque tiene la Iglesia de particular so-

bre las otras instituciones el poseer, con independencia de las grandes aptitudes, todos los elementos especulativos y prácticos, esto es, intelectuales y morales, de verdad, unidad, universalidad, conservacion y perpetuidad; y nosotros sus ministros tenemos sin duda sobre los primeros genios y los mas agigantados talentos del mundo la incomparable ventaja de poder difundir la luz y hacer la felicidad de todos los hombres, sin que nos detenga jamas el profundo convencimiento de nuestra insuficiencia intelectual, de nuestro poco saber, de la oscuridad humilde de nuestro nombre; y para valerme de la bella frase de Lacordaire, "somos los únicos que podemos triunfar sin amor propio, porque nuestro triunfo no proviene de nosotros."

¿Por ventura necesaria la Iglesia de recurrir á los filósofos para que la ilustrasen, la fecundasen y la sostuviesen en alguna siquiera de sus muchas instituciones particulares, cuando ella y solo ella ha podido obrar, no solo en las ideas religiosas, sino en las ciencias, en las artes, en la legislación, en la política, y en todo lo que mas admiramos, tratándose de los esfuerzos combinados del genio, del talento y del poder hácia el bienestar del género humano, esa revolucion inmensa que ha cambiado el aspecto de la sociedad desde el establecimiento del cristianismo? Seria necesario, para suponerlo, desconocer absolutamente las relaciones indispensables que median entre las verdades dogmáticas y las verdades filosóficas, entre el entendimiento y la fe, entre la política, la moral y la religion, y no recordar que, despues de haberse hecho el resumen de todos los elementos antiguos y puesto en accion todos los recursos del talento, de la sabiduría, del poder y de la fuerza, la sociedad estaba enteramente consumida, todos sus resortes laxados, el poder convertido en tiranía ó en rebelion, la sabiduría en escepticismo, las letras y hasta los mismos idiomas en tristes y miserables restos de una riqueza que ya no podia ni aun conservarse, cuando apareció la Iglesia, y con ella la resurreccion científica, moral y política del mundo.

La santa Iglesia pone al frente de la filosofia sus instituciones con una noble seguridad, que no puede ni pretender siquiera ningun poder humano. Si las pone al frente de la filosofia, es porque ni teme el examen ni esquiva la discusion; porque sus doctrinas hablan igualmente á la razon que á la fe, y porque sus designios comprenden en sí todo pensamiento que vaya dirigido á la conquista de un bien. Los que la han sido ménos adictos, alguna vez han sentido la necesidad de desahogar la pena de esta convic-

cion; y el célebre Montesquieu, que si no quiso aceptar el título de adversario, tampoco merece tener el de amigo, reconoció por esto, con tanta profundidad como filosofía, que la religion tenia tambien el poder suficiente para hacer la felicidad de esta vida.

Con toda la confianza que inspiran estas convicciones, vamos á entrar en la cuestion de los colegios eclesiásticos, y en el desarrollo de nuestras ideas procuraremos hablar principalmente á la razon con observaciones filosóficas. Si alguna vez nos divagamos á explanaciones que pudieran parecer excusadas, reflexiónese, que, si nuestro siglo es de transacion y de tolerancia para todas las ideas; es exigente, rigorista, nimio y hasta zeloso tratándose de las doctrinas y establecimientos católicos: todo lo reduce á la duda, y para todo exige pruebas.

Un establecimiento cualquiera de los que están consignados á los progresos de las ciencias y al cultivo de las costumbres, no debe ser á nuestro juicio, sino un principio en accion, la variedad subordinada á un pensamiento. El carácter de los estudios, el número y disposicion de las cátedras, las máximas de la educacion y toda la economía de los procedimientos de sus agentes en el órden científico y moral, todo debe mostrarse como el desenvolvimiento práctico de una verdad general, de una verdad fecunda, de una verdad accesible y reconocida, en suma, de un principio especulativo; y este principio, á su vez, no debe ser otra cosa que la expresion sumaria donde se reconozcan las tendencias particulares y generales de un establecimiento, así por las doctrinas que difunde, como por las máximas que inculca y las virtudes que cultiva.

El principio con todas sus relaciones científicas forma la parte especulativa; su desarrollo en el sistema de la accion, constituye el órden de los medios y la parte práctica; sus resultados individuales y comunes muestran las consecuencias universales, y exhiben todos los datos de hecho, que son el principal apoyo de una buena demostracion. Para tratar pues metódicamente la cuestion general de los principios católicos en sus aplicaciones á la enseñanza y educacion pública, debemos en primer lugar determinar el principio general que gobierna todas las instituciones de la Iglesia, y el que especialmente preside á sus colegios; en segundo, mostrar los medios, ó lo que es lo mismo, este principio en su desarrollo práctico; y por último, echar una ojeada histórica sobre todos los resultados de la institucion. Tal será nuestro plan en esta disertacion académica.

PRIMERA PARTE.

Para sentar bien el gran principio científico y moral que gobierna las instituciones eclesiásticas en materia de enseñanza y educacion, debe comenzarse sin duda, recordando ciertas verdades, cuyo abandono ú olvido pudiera causar una gran confusion en las ideas sobre tan importante materia. Hélas aquí:

Primera: el fin de cada establecimiento debe siempre correr por la línea comun de la felicidad, á que así el individuo como todo el género humano, son llamados por su naturaleza, sus elementos y sus destinos.

Segunda: siendo la felicidad la expresion mas genérica de todos los resultados de cuanto el hombre y la sociedad producen, conservan y preparan en la línea del bien, á ninguna institucion incumbe el realizarla toda, si bien debe contribuir á ella dentro de los límites de su objeto.

Tercera: la bondad de una cosa no es un título bastante para su adopcion, sino que es necesario además, que sea natural y oportuna.

De lo primero resulta, que la felicidad comun es un centro de unidad para todos los establecimientos públicos. Mas á pesar de esta unidad genérica y universal, admiramos en todo aquella diversidad prodigiosa que por sus respectivos objetos guardan entre sí todas las cosas que van por último á concurrir en este punto de reunion. Pasad la vista, por